



El reino
vacío Kira Jane
Buxton

DESTINO

El reino vacío

Kira Jane
Buxton

Traducción de Rogelio Alejandro Romero Álvarez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1505

Título original: *Hollow Kingdom*

© Kira Jane Buxton, 2019

Publicado por primera vez por Grand Central Publishing

Derechos de traducción por acuerdo con MB Agencia Literaria y The Clegg Agency Inc. USA

© por la traducción del inglés, Rogelio Alejandro Romero Álvarez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-233-5763-5

Depósito legal: B. 6.784-2020

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I



S. T.

Una pequeña casa de estilo rústico en
Ravenna, Seattle, Washington, EE. UU.

Debería haberme dado cuenta de que algo iba peligrosamente mal mucho antes. ¿Cómo puede alguien ignorar algo tan grave? Porque sí que hubo señales, aunque eran tan lentas como el movimiento de la savia, esa lava de color ámbar que brota de los árboles de hoja perenne infectados y que termina por devorarlos. Señales tan lentas como las serpientes de cascabel cuando se deslizan hacia su presa y van marcando el escamoso paso de su vientre por el terreno. Pero, a veces, uno no percibe esas señales hasta que alcanza la rama más alta del entendimiento.

Primero, todo era normal. Big Jim y yo estábamos jugando en el patio. Veréis, es que vivimos juntos y tenemos una relación platónica espolvoreada con una enérgica simbiosis. Yo disfruto de las ventajas de vivir en un vecindario decente de Seattle con un electricista remunerado, quien a su vez disfruta de la compañía de su propio cómico privado en casa. Así que todos ganamos, somos felices y comemos perdices, que además son deliciosas.

Como os decía, Big Jim y yo estábamos en el patio. Como de costumbre, él tenía una cerveza Pabst Blue Ribbon en la mano y se agachaba de vez en cuando para arrancar alguna mala hierba del tamaño de un perro labradoodle. En nuestro estado de Washington, todo crece con raíces fuertes: el musgo esmeralda, las manzanas

Honeycrisp, las cerezas silvestres, los grandes sueños, la adicción a la cafeína y los comportamientos pasivo-agresivos. Además, la marihuana ya es legal. «¡Sí, joder!», es lo que suele decir Big Jim cada vez que se toca el tema.

¿Por dónde iba? Ah, sí. La luz de aquella tarde veraniega, tan brillante como el oro, bañaba el patio de nuestra casa iluminando una rana gorda —que en realidad era una fuente—, así como un ridículo enano de jardín de apariencia pedante que he tratado de destruir desde que me mudé aquí. Y, de la nada, a Big Jim se le cayó un ojo. Así tal cual, se le cayó el globo ocular de la puta cabeza y rodó por el césped. Para ser sincero, tanto Big Jim como yo nos quedamos atónitos. Por otro lado, *Dennis* no lo dudó ni un segundo y se abalanzó sobre el ojo huidizo. *Dennis* es un sabueso y tiene el coeficiente intelectual de una zarigüeya muerta. He conocido pavos con más materia gris que él. Ya le había sugerido a Big Jim que nos deshiciéramos de *Dennis*, debido a su monumental incompetencia, pero nunca me hizo caso. No; se empeñó en seguir compartiendo su casa con un animal que no logra controlar sus impulsos y que pasa el 94 % de su tiempo lamiéndose los huevos. Los colmillos de *Dennis* estaban a unos treinta centímetros del globo ocular de Big Jim cuando se lo arrebaté, y enseguida lo coloqué sobre la cerca para mantenerlo a salvo. Big Jim y yo intercambiamos una mirada, bueno, media mirada en su caso, porque obviamente sólo le quedaba un ojo. Después de escribir una nota mental para asegurarme de tener otro argumento más a favor del desalojo de *Dennis* (pues, sin duda, tratar de comerse el ojo de tu dueño sí que justifica tu expulsión), le pregunté a Big Jim si estaba bien. Él no respondió.

«¿Qué demonios?», dijo Big Jim mientras se llevaba una de sus carnosas manos a la cara. Eso fue lo último que dijo. Entró en la casa sin terminarse su cerveza Pabst Blue Ribbon. Como ya he anunciado, había señales. Big

Jim pasó los siguientes días en el sótano de nuestra casa, donde tenemos una nevera llena de cervezas y toneladas de carne. Luego, dejó de comer. No probó bocado ni de los deliciosos patos ni de los ciervos, a los que solía disparar, con amor, a la cara. La situación pareció agravarse cuando se perdió el espectáculo de los camiones monstruo, y eso que llevaba semanas machacándome con ese tema. Traté de hacerlo entrar en razón, traté de convencerlo de que comiera un pedazo de plátano (después de quitarle las partes mohosas, porque es muy quisquilloso con eso), un poco de los Doritos que yo me había servido e incluso algo de pienso del idiota de *Dennis*. Pero nada. Fue entonces cuando empezó a pasearse por todo el sótano sacudiendo la cabeza melancólicamente, como el perezoso del zoológico de Woodland Park. Al principio pensé que Big Jim estaba tratando de hacer un agujero en el suelo para la instalación de conductos, ya que es un gran profesional, pero después se limitaba a contemplar el vacío con el único ojo que le quedaba. Además, había dejado de hablarme y comenzaba a babear más que *Dennis*, que ya es mucho decir.

También me gustaría destacar que, durante todo ese tiempo de gran represión emocional e incertidumbre, *Dennis* no hizo absolutamente nada más que orinarse en el sillón reclinable y vomitar despiadadamente en la alfombra. Yo hice lo que pude para limpiarlo todo, aunque en realidad no tenía por qué hacerme cargo de eso.

Las primeras señales fueron más sutiles. Sólo podría haberlas detectado con unas gafas de retrospcción, esas que Big Jim, después de cada una de sus citas de Tinder, siempre dice que desearía tener. Antes de la expulsión de su globo ocular, Big Jim empezó a olvidarse de cosas. Olvidó algunas citas, luego su cartera y hasta las llaves de casa, de lo cual me culpó a mí porque, según él, soy un «gran cleptómano». Vale, no soy más que un tipo al que le gusta añadir objetos a sus colecciones ocultas. ¿A quién

no le gustan las cosas buenas de la vida? También me dijo que se le trababan las palabras, como si éstas se hubieran fusionado con su lengua. Cuando me ofrecí a inspeccionarle el interior de la boca, me ignoró por completo. Se aletargó, una sutileza que tal vez sólo yo podría haber notado, ya que Big Jim de por sí suele ser tan activo como un perezoso disecado. Pero yo lo conozco bien y advertí la diferencia. Incluso dejó de sacar a pasear a *Dennis*, lo cual tuvo consecuencias desastrosas para los cojines del sofá. Que en paz descansen.

El incidente del ojo fugitivo fue un punto de inflexión en nuestras vidas. Guardé el ojo en un frasco de galletas, por si Big Jim lo necesitaba algún día. Pero él jamás volvió a ser el mismo. Ninguno de nosotros volvió a serlo.

Dudo si debo seguir narrando esta historia por miedo a que me juzguéis y no queráis escuchar el resto. Sin embargo, por el interés de divulgar toda la información, siento que es mi deber contaros la verdad sobre todo lo que ocurrió. Vosotros os lo merecéis. Mi nombre es *Shit Turd* (sí, «Pedazo de Mierda») y soy un cuervo norteamericano. ¿Seguís ahí? Veréis, los cuervos no somos animales muy queridos en general. Nos juzgan por ser negros o porque nuestras plumas no poseen la majestuosidad moteada del gavilán colirrojo o el cautivador azul cobalto de esos tontos pájaros hijos de puta llamados arrendajos. Sí, sí, ya sé que no somos tan delicados y extravagantes como los colibríes, tan sabios como los búhos (lo cual ni siquiera es verdad, por cierto) ni tan «adorables» como esas aves barrigonas en forma de huevo, comúnmente conocidas como pingüinos. Los cuervos somos heraldos de la muerte y de augurios buenos y malos, de acuerdo con Big Jim y con Google. Embusteros con alas de medianoche a los que se asocia con el misterio, lo oculto y lo desconocido. Con el inframundo, dondequiera que eso se encuentre (¿en Portland?). La gente nos relaciona con los difuntos y con poesía sumamente angustiosa. Admito

que no ayudamos mucho a nuestra causa cuando se nos ve tan felices devorando tripas de pescado en medio de un vertedero, pero, bueno, así es la vida.

Entonces, como iba diciendo, mi nombre es *Shit Turd* (S. T., para abreviar) y soy un cuervo domesticado. Me crió Big Jim, que me enseñó el comportamiento de los de su especie, a quienes se refiere como HiPu (en realidad, él los llama por su nombre completo, «Hijos de Puta», pero yo prefiero abreviarlo). También le debo a él mi florido vocabulario y mi nombre, indudablemente único. Por él aprendí a pronunciar algunas palabras de los HiPu. Debido a las desafortunadas citas de Tinder que he mencionado, Big Jim y yo pasamos juntos tiempo de calidad o, mejor dicho, de cantidad, y yo tengo un arsenal de trucos bajo mi plumaje. Sé mucho sobre las cosas de los HiPu, como ventanas y secretos y muñecas hinchables. También soy uno de esos pocos pájaros que realmente sienten aprecio por una especie que camina a dos patas y construye cosas de ensueño, como los Cheetos®. A los HiPu les debo la vida. Y, como HiPu honorario, estoy aquí para ser absolutamente franco y contaros lo que les sucedió a los vuestros. Aquello que ninguno de nosotros esperaba.

CAPÍTULO 2



*Winnie the Poodle*¹

Una residencia en Bellevue, Washington, EE.UU.

Winnie the Poodle estaba sentada en una cornisa, contemplando las lágrimas que se deslizaban por el cristal de la ventana y permitiendo que éstas empaparan su pequeño corazón roto. Apoyó su diminuto hocico en las patas delanteras y dejó escapar un suspiro melancólico. Al mismo tiempo, pensaba en aquello que había sido más constante que cualquier otra cosa en su vida: la espera. Había esperado y esperado. Había esperado al despertar, luego había esperado un poco más, había encontrado algo de comer y había vuelto a esperar. Quédate y espera. Buena chica.

El sonido de unas pezuñas sobre el mármol llamó su atención. Después de echar un vistazo hacia el suelo, sus sospechas se vieron confirmadas: el almuerzo había llegado, pero se ocuparía de él más tarde. Por el momento, se limitó a seguirlo brevemente con su triste mirada y a olfatearlo con su triste y perfecta nariz de caniche.

La soledad le provocaba escozor en la piel. ¿Volverían algún día?

Lo peor de todo era la culpa. La culpa que se retorció en su corazón como un ejército de gusanos blancos (des-

1. *Winnie* había sido educada para hablar de sí misma en tercera persona. [*Poodle* es la voz inglesa para la raza de perro «caniche». (N. del t.)]

de luego, ella nunca había tenido ese tipo de gusanos, pero los había visto en anuncios de la tele protagonizados por perros muy feos). El almuerzo se escabulló a la habitación de al lado. Con diecisiete habitaciones, a veces rascar la comida resultaba terriblemente agotador.

Winnie se sentía culpable por dos motivos. Primero, por no haber esperado el tiempo suficiente después de que se fueran. Al ser una caniche mini, *Winnie* podía escabullirse fácilmente por la gatera de la puerta. Lo había hecho unas cuantas veces para ver si estaban esperándola en el patio. O junto a la fuente grande. O cerca de los establos. O en la extensa piscina. En la piscina más pequeña. Donde están la pelota amarilla fluorescente y la red. Al lado de los relucientes coches. Pero ellos no estaban en ninguna parte. Sólo había caballos. Algunos respiraban y otros no.

El segundo motivo por el que se sentía culpable era porque había pasado la mayor parte de su vida junto a la paseadora, tratando de escapar. Una vez había fingido que tenía que hacer sus necesidades y había ladrado frente a las puertas correderas para que alguien la dejara salir al patio y luego le permitiera entrar en casa. Y luego afuera y luego adentro, afuera y adentro, afuera y adentro, hasta que le dijeron que se quedara quieta y dejara de comportarse como una insufrible bolita de algodón. Incluso se había escapado de la paseadora en diversas ocasiones, corriendo por la interminable senda, con la lengua color rosa chicle fuera y probando el sabor a estiércol de la libertad, con las orejas aterciopeladas ondeando en su cabeza, arrojando grava en el rostro del decoro y el refinamiento.

«¡Poodle doodle doo!», había gritado. Salvaje, libre y obscenamente hermosa, como un rayo de luna con dientes. Incluso hubo una ocasión en la que logró huir de la paseadora, pero el mayordomo pegó fotos de la perrita por todas partes, acompañadas de símbolos como éste: \$,

y muchos muchos muchos de éstos: o. La encontraron al cabo de media hora.

Había una cosa más que la hacía sentirse culpable. Su hermano adoptivo. A decir verdad, por lo general no lo trataba muy bien. Lo habría hecho si no fuera un gordo idiota que se asustaba hasta de sus propios pedos. Se sintió culpable por pensar esto, a pesar de que era cierto. *Spark Pug* no había sido capaz de soportar el silencio de la gran casa cuando la paseadora se fue. Se había vuelto tan loco como un gato mojado, ladrando a las paredes, resoplando con la intensidad de una tormenta y mordisqueando el precioso abrigo con estampado de espirales de *Winnie the Poodle*. Además, posiblemente había sido ella quien le había metido en la cabeza la idea de salir por la puerta del gato, y, contra todo pronóstico (ya que su cintura era como una bolsa de basura llena de arena para gatos), *Spark Pug*, con sus ojos saltones, había logrado escabullirse por el pequeño hueco, no sin antes soltar un pedo digno de la retaguardia de un caballo de raza Clydesdale, no de un miniperro. Y así, entre resoplidos, *Spark Pug*, la gaita del mundo canino, había salido corriendo por el largo sendero hasta perderse de vista. Sin duda, iba a la búsqueda de Jean Clawed, su langosta de juguete, que emitía un agudo chillido cuando la mordías y que *Winnie* había enterrado en el patio.

Winnie recordó el día en que la paseadora se marchó. No fue una típica jornada en el campo, cuando la cargaban en un transportín junto a una botella de *Veuve Clicquot*. Fue más bien un día de gritos. La paseadora no podía aspirar aire lo suficientemente rápido. Con sus tristes ojos rojos y la nariz moqueando, le gritaba a su teléfono. *Winnie* había tratado de consolarla, pero sólo consiguió que la echaran a un lado. La paseadora abrió la puerta y *Winnie* corrió tras ella. «¡NO, WINNIE, NO!» *Winnie* le ladró, pero la paseadora no permitió que la siguiera. «¡SIÉNTATE, WINNIE! ¡ESPERA! ¡Buena chica!»

Y cerró con un portazo antes de tambalearse hacia ese gran mundo loco. Sola. Sin *Winnie*, su buena chica, a su lado.

Y, entonces, *Winnie* esperó.

¿Qué había hecho mal? Si pudiera regresar al pasado y hacerlo todo otra vez... Si la paseadora volviera a entrar por esa puerta con una nueva chaqueta de los Seattle Seahawks para *Winnie*... Ni siquiera forcejaría cuando tratara de ponérsela, y tampoco volvería a orinarse en secreto bajo la cama.

Winnie tenía mucha espera y mucha culpa por delante. Se quedó contemplando la puerta con lo que para ella eran unos ojos de raza perfectos que brillaban tanto como el collar de diamantes que llevaba alrededor del cuello. A menudo le decían que era muy muy bonita y perfecta, y todo el tiempo le preguntaban quién era una buena chica, lo cual le parecía patéticamente retórico. Obviamente, ella era una buena chica. Cómo extrañaba esos días. Para ser sincera consigo misma, incluso extrañaba los ronquidos de *Spark Pug*, que casi le provocaban convulsiones.

Esperaría. Se quedaría ahí. Sería buena. Continuaría haciendo sus necesidades en montones estratégicamente distribuidos por toda la casa para que, cuando regresara, la paseadora pudiera seguir recogiénolos de manera compulsiva. *Winnie* tenía demasiada preocupación acumulada en sus diminutos pulmones rosados; le hacía mucha falta un corte de uñas, y sin duda en la peluquería canina se estarían preguntando dónde estaba. Extrañaba el regazo calentito de la paseadora, su rostro salado, los sonidos melosos que hacía con su suave boca rojiza, exclusivamente para *Winnie*. Extrañaba ese sentido de pertenencia.

La tristeza la tenía agarrada del pescuezo, como un juguete para morder, y ya no le quedaba suficiente energía para combatirla. *Winnie the Poodle* recostó la cabeza

y se despidió por última vez de la casa y del loco mundo a su alrededor. No volvería a buscar su almuerzo. Ya había esperado bastante. Sucumbió ante un último pensamiento sobre *Spark Pug* recorriendo alborotado ese gran mundo loco por su cuenta. Sin Jean Clawed. Sin amigo alguno. Sin protección contra las pulgas.